

El pintor de cámara del XVII Manuel de Castro Las tablas de Garachico

Por Pedro TARQUIS

La iglesia del convento de los Ángeles, Orden de San Francisco, en el Puerto de Garachico, que como todos saben fue fundada por el caballero de Génova don Cristóbal de Ponte, conquistador de Tenerife establecido en aquella localidad, encierra tres tablas al óleo que pertenecieron a un sagrario que en su capilla tenían los descendientes de aquel prócer. El sagrario lo mandó hacer don Pedro de Ponte y Llerena, conde del Palmar, capitán general de las Islas Canarias y presidente de su Real Audiencia, encargando en Madrid al que después fue pintor de cámara de Carlos II el Hechizado que pintara las tres tablas que lo iban a decorar. Existe aún el manifestador en la iglesia de los Ángeles y capilla de los Sres. Ponte, hoy abandonado, porque le quitaron las tablas para decorar con ellas un retablo de la parte de la epístola (dos de las pinturas), colocando la tercera tabla bajo el tornavoz del púlpito. Así las vimos hace muchísimos años, por la primera vez. Hoy las han llevado a la parroquia de Santa Ana de aquella villa, colocando a la Purísima a la derecha de la puerta principal y las otras dos en la parte alta del retablo de la capilla del sagrario.

Estas tres pinturas al óleo del Puerto de Garachico figuran entre las obras introducidas en el Archipiélago que poseen alguna categoría artística. Ignoro la cantidad que don Pedro de Ponte y

Llerena abonó al artifice por el trabajo de los referidos óleos. Éstos, que vienen teniendo el tamaño aproximado de una vara de Castilla de alto, por dos tercias de vara de ancho, representan: San Pedro con las llaves de la Iglesia en la mano; San Cristóbal llevando al Niño Jesús, y Nuestra Señora de la Concepción, teniendo las figuras mitad del tamaño natural. La parte superior de estas tablas afecta forma de medio punto, para ajustarse a los tres arcos que decoraban el manifestador en su cara exterior. La firma del pintor Manuel de Castro se encuentra al pie y a la derecha en la tabla de Nuestra Señora de la Concepción (que parece ser la central de aquel conjunto), y sin embargo de la predilección del maestro por esta pintura, puesto que la firma, es la obra de menos interés de las tres.

La firma de que venimos hablando dice: Emanuel de Castro ft año de 1697. Así se lee con bastante claridad y lo hicieron varias personas que me acompañaban, estando todos conformes en que se trataba del mencionado pintor de cámara de S. M. Carlos II el Hechizado. Pueden comprobarlo cuántos visiten la parroquia de Santa Ana de Garachico, donde han venido a parar las tablas, como digo más arriba. Indudablemente don Pedro de Ponte, perteneciente a una de las mejores familias de Canarias y hombre que había recorrido el mundo en sus andanzas militares, primero en Europa, luego en lo que entonces llamaban Tierra Firme y Panamá, en nuestras colonias del Nuevo Mundo, era persona de buen gusto y quiso hacer en el manifestador una obra de arte, para lo cual encargó él mismo en la corte, al citado pintor de cámara, las preciadas tablas que habían de decorarlo, cuando fue a visitar a SS. MM. de regreso de Panamá, antes de encargarse del mando de las Islas Canarias. Quería hacer algo en la capilla de los Ponte en San Francisco, y algo bien hecho. Esto es lo que he podido saber de la historia de estas tablas de la parroquia de Santa Ana de Garachico, donde constituyen una parte de las numerosas obras artísticas que se han ido reuniendo en aquel templo, que viene siendo como el museo de la antigua riqueza social.

Este pintor Manuel de Castro no era precisamente nacido en España, sino en Portugal. Nos explicaremos mejor, puesto que en el momento de su nacimiento Portugal formaba parte de los do-

minios de España, por haber sido ocupado por Felipe II, alegando sus derechos sobre el vecino país, y hasta el final del reinado de Felipe IV no consiguió separarse de lo que pudiéramos llamar la Confederación Ibérica. Ésta es la razón de que este pintor, cuya familia se significaría a favor de la causa de España, en aquella contienda promovida por el duque de Braganza después coronado con el nombre de Juan IV, saliera de Portugal para venir a establecerse en Madrid, donde la Casa Real lo acogió y le dio títulos. Aunque nacido en tierras lusitanas, es un pintor español, y como tal lo hallamos incluido en el *Diccionario de artistas* publicado por el famoso don Agustín Cea Bermúdez. Su arte se encuentra dentro de nuestra pintura de la segunda mitad del XVII, más que en la de Portugal, pues entre la pintura de las dos naciones existen muchos contactos, como sucedió en el momento en que la pintura de Juan Van Eyck influyó en Portugal y se reflejó en Castilla. Son razas de temperamentos muy afines.

¿Estuvo en Sevilla nuestro pintor Manuel de Castro? No podemos decirlo de manera segura, pero sí que en las tablas de la parroquia de Santa Ana de Garachico, si no en todas en algunas de ellas, y particularmente en la ejecución del San Cristóbal llevando al Niño Jesús, percibimos con claridad influencias del maestro más grande de la ciudad del Guadalquivir, Bartolomé Murillo. Pudiera ocurrir que viera algo de este artífice en Madrid o que en efecto tuviera ocasión de conocer en la capital de Andalucía aquella técnica tan delicada que ha hecho famoso el nombre de Murillo en toda la tierra y que los principales museos deseen poseer algunas de sus obras, de la que Castro captó superficialmente el secreto, interpretándolo a ratos a su manera. En otros momentos se va al lado contrario, con pinceladas que casi rayan en la brusquedad. Se aproxima bastante a don Juan Valdés Leal, el implacable competidor de Murillo, aunque algunas veces se llamara su amigo. Es decir, que recibe las influencias de los dos pintores más grandes que trabajan en Andalucía en la segunda mitad del XVII; y debemos tener en cuenta que también traía sangre de Portugal Valdés Leal. Estos dos aspectos de su arte nos hacen pensar seriamente que en efecto estuvo en Sevilla el autor del Sagrario de la capilla de los Sres. Ponte.

De estas tablas hablé en una ocasión, de manera incidental, en el diario «La Tarde», de Santa Cruz de Tenerife, cuando eran totalmente desconocidas, para que el público se diera cuenta de ellas. Ahora ha llegado el momento de tratarlas con la extensión que se merecen las obras destacadas de nuestro acervo pictórico.

* * *

Este pintor Manuel de Castro consta que fue discípulo en Madrid del nunca bien celebrado Claudio Coello, uno de los mejores de aquella escuela, que dejó obras tan destacadas como *La Sagrada Forma*, en la sacristia del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Las influencias de Flandes que tiene Claudio Coello explican los contactos con Murillo de que hemos hablado antes, que se observan en su discípulo Castro en la tabla de San Cristóbal con el Niño Jesús, que de las tres pinturas que poseemos en la parroquia de Garachico de su mano es donde se aproxima más a su maestro, pudiendo decirse que casi iguala a Coello. Mas estamos perfectamente de acuerdo con lo que nos dice don Antonio Poñz, en su viaje por España, de que este artifice de Portugal tiene una producción de marcada desigualdad y que si algunas pinturas pueden considerarse hasta excelentes, otras flojean mucho. Así ocurre con estas tres tablas de la iglesia de Santa Ana de Garachico. La citada de San Cristóbal puede colocarse al lado de las mejores obras de Claudio Coello en el Museo del Prado, como es *La Virgen y el Niño adorados por San Luis rey de Francia* (nro. 661 del catálogo de 1949); pero la tabla de Nuestra Señora de la Concepción, en cambio, muestra un descuido manifiesto de ejecución y de dibujo, hallándose intermedia de aquellas dos tablas la de San Pedro con las llaves de la Iglesia, que es una pintura muy apreciable y de correcto dibujo. Sin salir de Tenerife encontramos ser verdad la desigualdad del artifice portugués, y podemos darnos por satisfechos, ya que una sola tabla flojea y tenemos una muy buena, como quizás no presente otra igual entre sus óleos de Madrid; no cita otras producciones Cea Bermúdez fuera de la capital de España.

Es por consiguiente Manuel de Castro pintor conocido en la Península y estudiado en parte por don Antonio Ponz, uno de los primeros e incansables investigadores de nuestras antigüedades. Estuvo pintando en la iglesia de San Juan de Dios (en la de la corte, no en la iglesia del mismo nombre en Granada) en el año de 1695, es decir dos años antes de que le hiciera el encargo para la capilla el general don Pedro de Ponte y Llerena. En San Juan de Dios ejecutó varios pasajes de la Pasión, entre ellos un Ecce-Homo y *La calle de la Amargura*, más una bóveda y lunetos en la misma iglesia. En esta ocasión manifiesta don Agustín Cea, por boca de Ponz, que se nota *gresca* en la composición, es decir poca claridad. En las tablas de la parroquia del Puerto de Garachico no podemos advertir esté defecto, porque se trata sencillamente de figuras aisladas y no hay composición, teniendo además la ventaja de que el artifice se ha esmerado en el dibujo de sus tablas, precisamente por tratarse de un solo santo. Las dos pinturas indicadas más arriba de San Pedro y San Cristóbal son dos piezas de museo y siempre he pensado que están haciendo mucha falta en el Museo Muninpal de Santa Cruz de Tenerife. En el momento de la exclaustación fue cuando se debió formar el Museo de Canarias. Hoy detenta estas pinturas la parroquia de Santa Ana, cuando son pertenencia de los Sres. Ponte, o quizás de patrimonio nacional. Bien está si saben conservarlas como hasta aquí.

El 19 de agosto del año de 1698 S. M. Carlos II tuvo a bien nombrar su pintor a Manuel de Castro en la vacante que dejaba Bartolomé Pérez. Dice el expediente del Archivo del Palacio de Oriente que en atención a la habilidad que había demostrado en las pinturas para la iglesia del convento de la Trinidad calzada de esta Corte, y también en la iglesia del convento de la Merced de esta Villa. En la primera de estas iglesias había pintado dos cuadros grandes que están en el crucero y representan a Nuestra Señora acompañada de ángeles cantando en el coro. En el otro, lienzo titulado *Redención de cautivos*, hallamos una de las principales misiones de la Orden en aquellos tiempos de dominio turco en el Mediterráneo; en lo alto vemos aparecer a la Virgen. En la iglesia del segundo convento nombrado o sea en el de la Merced calzada, pintó Castro, al fresco, la bóveda de la capilla de los

Remedios; y en el refectorio un medio punto al óleo, sobre del cuadro que hay allí de Juan Antonio de Escalante, según nos dice Ponz. Como el artifice falleció en Madrid en 1615, se deduce que fue pintor de cámara durante unos catorce años. Sin embargo no se ha hablado de que hiciera trabajos para la Casa Real.

En Canarias no hay conocimiento de que existan otras pinturas de su mano, fuera de las mencionadas de la parroquia de Santa Ana de Garachico, de las que se ha podido seguir la pista de su adquisición. En el Museo del Prado de Madrid no existe ninguna, y completaría honrosamente las enseñanzas de Claudio Coello la tabla del San Cristóbal llevando al Niño Jesús, del discípulo, tan próxima a las que hay en nuestra gloriosa pinacoteca de aquel maestro. No sabemos la categoría artística que tienen las obras de Manuel de Castro mencionadas más arriba, encerradas en sus conventos de la Villa y Corte, pero sí que nuestra repetida tabla de San Cristóbal no haría mal papel en el Museo del Prado, como tampoco la de San Pedro. Aún se señalan otras pinturas del autor de nuestras tablas en Madrid, como es una bóveda pintada al fresco en la primera capilla del lado de la epístola en la iglesia de San Felipe Neri, que existía hasta la época de don Agustín Cea Bermúdez, quien nos habla de ella en su *Diccionario*.

De lo que vamos diciendo se entiende que, al hacer el encargo el capitán general de las Islas Canarias al pintor Manuel de Castro, de estas tablas para la iglesia del convento de los Ángeles del Puerto de Garachico, el artifice se hallaba en el punto más alto de su carrera, esforzándose por mejorar su producción para alcanzar el título de Pintor de Cámara, conseguido al fin al año siguiente. En conclusión, las tablas existentes en Garachico pertenecen al final de la segunda época de aquel pintor o los primeros años de la tercera. Tienen valor nacional y hasta pudieran tenerlo, dos de ellas, internacional.

El provecho que los pintores del Archipiélago, y en particular los del Puerto de Garachico, sacaran de estas pinturas está todavía por averiguar. Por ejemplo, ¿de qué le sirvió al pintor Pedro de Artacho, que trabajó en aquella localidad de Tenerife poco después de la llegada de las tablas de Manuel de Castro? Puede que

exista relación entre la Virgen del Carmen del pintor isleño que tiene don Juan Ventura y las tablas traídas de la Península. •

Podemos sentar a la vista de las tablas que están hoy en la parroquia de Santa Ana de Garachico, del pintor portugués Manuel de Castro, que desde luego tenía excelentes dotes de colorista, como era natural que ocurriera con uno de los discípulos predilectos del pintor de cámara Claudio Coello; por cierto que las alabanzas de este maestro influirían en la decisión de S. M. Carlos II para otorgar a Castro su título. Lo primero que exigía Claudio Coello a sus discípulos es que fueran destacados coloristas, entrenándose en el buen gusto y empleo de las tintas, según seguía la escuela de Madrid en las enseñanzas de Pedro Pablo Rubens y sus continuadores. Y en efecto en las tablas de Garachico trata Castro de igualar casi a su maestro, uniendo a sus condiciones natas de sentimiento y belleza del color el haber sabido aprovechar íntegramente las lecciones de Claudio Coello. Las tres tablas del Sagrario de los Sres. Ponte son igualmente interesantes, consideradas bajo de este aspecto (el color es de lo poco que salva a la pintura de Nuestra Señora de la Concepción), si bien de estas disciplinas del artífice no nos habla don Antonio Ponz, en sus juicios críticos sobre este pintor. Pero a la vista de las tablas del convento de los Ángeles se puede asegurar la seriedad y belleza de tintas que tienen estas obras del artista portugués. Son los últimos destellos de la escuela de Madrid en sus finales del XVII. Todavía hay retratos en estas pinturas del colorido de Rubens en sus numerosas obras del Museo del Prado, siendo probable que entrenara el maestro a Manuel de Castro haciéndole copiar éstas. El colorido de la nueva escuela de Flandes se conserva casi íntegro en los artífices de la capital de España en este periodo, de tal forma que parece se hubiera incrustado en ella.

Hemos apuntado más arriba que en los museos y colecciones particulares de Madrid y otras ciudades de la Península no se señalan obras de Manuel de Castro que ofrezcan garantías de

seguridad. Otro interés indudable que tienen nuestras tablas del Puerto de Garachico. Ello indica que firmó muy poco, y entre las firmadas se halla una en Tenerife. En estas tablas se puede estudiar (ya que son tres) las cualidades artísticas de Castro, en su ejecución, originalidad, dibujo, etc. Donde ha sido más castigado por los críticos, ente ellos don Juan Agustín Cea en su *Diccionario*, ha sido en el dibujo; pero sin embargo puede el lector comprobar que en las tablas de que hablamos hay algunas de correcto dibujo. Los descuidos de la Purísima no se encuentran en todas. Los críticos de la Península a todo lo largo del siglo XIX no hicieron otra cosa, en lo referente a nuestro pintor, que copiar algo de lo poco dicho por Cea, sin modificar nada ni adelantar paso en la crítica técnica de este artifice.

Para que el público de Santa Cruz de Tenerife y del Archipiélago en general se de cuenta del valor que tienen las tres repetidas pinturas de la parroquia de Santa Ana de Garachico, vamos a intentar colocar dentro del arte de España y en su sitio aproximado al artifice Manuel de Castro. Encuentro que entre los continuadores de Claudio Coello, donde se encuentran sus discípulos Sebastián Muñoz y Teodoro Ardemans, debiera figurar, con no menos valor artístico, Manuel de Castro; lo que sucede es que no hemos sabido dar a conocer, por falta de propaganda de ellas, las tres tablas traídas por don Pedro de Ponte. Si pudieran llevarse al Museo del Prado estas tres pinturas para que las viera el público de Madrid, la opinión de los inteligentes subiría la categoría de este artifice y nos daría la razón de que este discípulo de Claudio Coello aún tiene méritos para figurar en aquel gran museo de España, junto a su propio maestro. Lástima que no pueda realizarse esta idea.

Si el Museo del Prado es en efecto la primera pinacoteca internacional de la tierra, no es un museo nacional completo. Es una idea equivocada. Están bien representadas nuestras figuras cumbres, como Velázquez, Murillo, Ribera, etc.; pero faltan muchas de las que les siguen en categoría, que hay que ir las a buscar al Museo del Carmen de Sevilla o el de Valencia... Está lejos de ser el Rijks Museum de Amsterdam, en donde no solamente están representados Rembrandt, Frans Hals, Bartolomé van der

Helst y Ruisdael, sino todos los pintores de segunda y tercera fila, hasta hacer de aquella pinacoteca, en el sentido nacional, la más completa del mundo, presentándonos salas o gabinetes de todos los pintores nacidos en los Países Bajos. El pintor portugués Manuel de Castro debe estar en segunda fila de nuestra pintura, quizás en primera, aunque aparezca ausente en el museo que fundó S. M. Fernando VII. Allí está, por ejemplo, *Juego de niños*, de Pedro Núñez de Villavicencio, no lejos de las pinturas de Claudio Coello, y no parece ser esta obra superior a la tabla de San Cristóbal llevando al Niño Jesús, del artífice de que hablamos. Y si le corresponde este puesto en los finales de la pintura de Madrid, más o menos vendría a ocupar el mismo lugar entre nuestros pintores de la primera mitad del XVII.

Hay mérito indiscutible en estas pinturas de Manuel de Castro. Logra armonías sencillas y potentes, sostenidas con valentía, próximas a las de Claudio Coello en la transparencia de las tintas. Aseguramos que el discípulo se le mantiene muy fiel. No queremos incurrir en la exageración de creerlo su igual, pues entonces sería de los primeros de España. No lo es. Pero se ha librado de caer en la rápida decadencia que siguió a la muerte de su maestro y la funesta aparición del pintor de Nápoles Lucas Giordano, que se apodera del carácter del débil Carlos II, de la corte y del público en general, siempre impresionable. Al tratar de imitar a Giordano en sus obras de San Lorenzo del Escorial, nuestro arte sufrió un eclipse total, agravado con la guerra encendida entre los Borbones y los Austrias. Podemos decir que Manuel de Castro luchó, por mantener el arte español, aunque no siempre lo consiguiera. La intención fue noble y ahí están las tablas del sagrario de los Ponte para demostrarlo.

Por cierto, la luz que tienen en la parroquia de Santa Ana de Garachico estas tres pinturas no es buena. La sombra de la tribuna del órgano no deja ver el óleo de Nuestra Señora de la Concepción; pero aun es peor la de las otras dos pinturas situadas muy altas y en una capilla oscura, cuando fueron hechas para verlas poco más arriba de la mesa del altar.

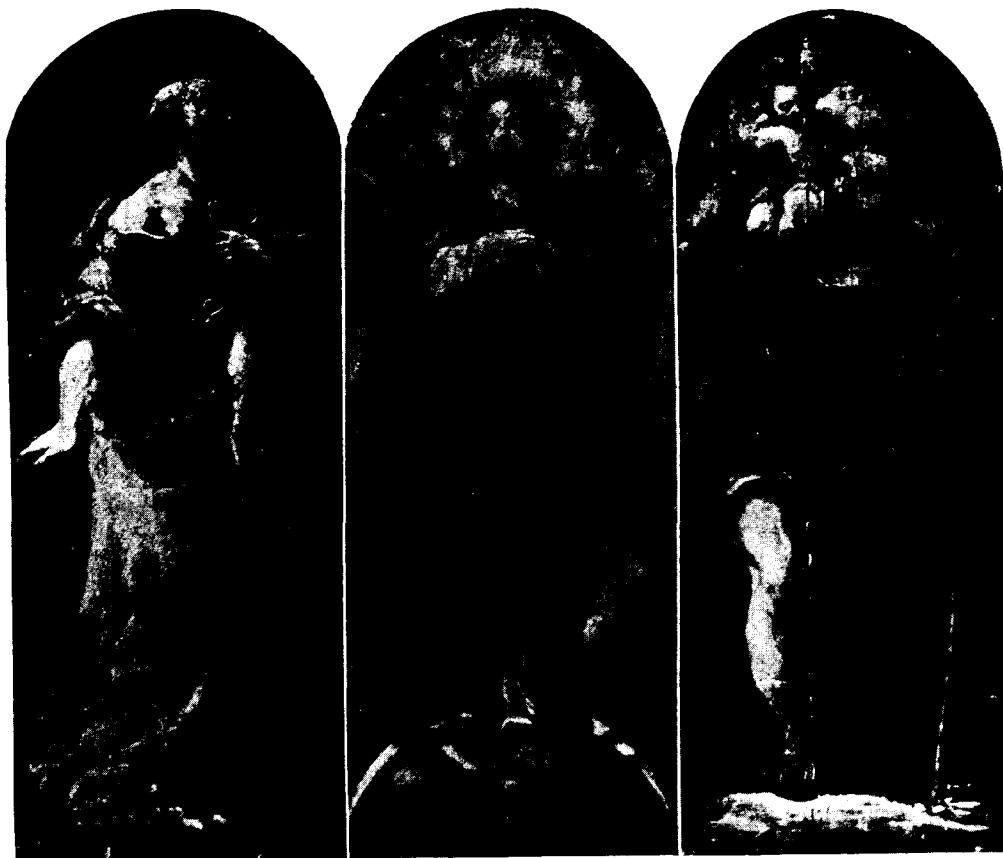
Desde luego, mirado desde un plan elevado como es el de la crítica internacional, baja la categoría del pintor Manuel de Castro. La multitud de figuras superiores lo tapan, o dicho de otra manera lo confunden con el montón. Casi desaparece. Aunque le queda aún algo de interés. Para Miguel Ángel, mirando desde su altura a los artifices de Italia de su época, Francisco Raibolini carecía de interés pictórico y le lanzaba ataques crudos con mucha frecuencia. En la Europa del siglo XX Francisco Raibolini tiene su puesto, y nadie se atrevería a tirarlo por los suelos, si bien no sea Rafael o Sebastián del Piombo. Ponemos este ejemplo para que se vea que la crítica internacional o la hecha por grandes figuras, en plano elevado y rígido, empujeña a los artistas, en realidad no los anula. Es que aquellos colosos de Italia se tiraban de muerte. Al mismo Leonardo de Vinci lo miraba el Buonarroti por encima del hombro y le dirigía puyas verdaderamente injustas e insultantes. Ante esto las tablas de la parroquia de Santa Ana, en Garachico, no salen del montón, porque está bien claro que en crítica teideana no son obras cumbres. En Canarias son dignas de aplaudirse porque son arte verdad.

¿Y qué diremos, por lo que respecta a la originalidad, de estas producciones de Manuel de Castro? Quiso hacer una Purísima Concepción que se apartara de lo trillado o demasiado visto en producciones de Madrid o de Andalucía: las que hizo Murillo y muchos de aquellos maestros de Sevilla (tenemos una en La Laguna, de Sebastián del Llano y Valdés, que es en verdad una obra maestra, logrando una creación personal separada de sus compañeros de la ciudad del Guadalquivir) o las que hacía Rizzi en la corte, que no están mal pero tocan en manera. No logró Castro lo que se proponía, porque su tabla de Nuestra Señora de la Concepción se pasa de brusca, en donde quiere mezclar la técnica de Lucas Giordano con la de Claudio Coello, sin conseguir un efecto bello y bien plasmado. De su maestro ya dijo Augusto Mayer que tiene una técnica a veces brusca; pero aquí nuestro pintor se ha ido bastante más allá. Bien está que suprimiera angelitos para darle carácter más naturalista, apartado de fantasías y afectaciones. Mas quedó vulgar, desordenada y falta de vida. Lo que nos sucede con esta Concepción, que se veía muy bien cuan-

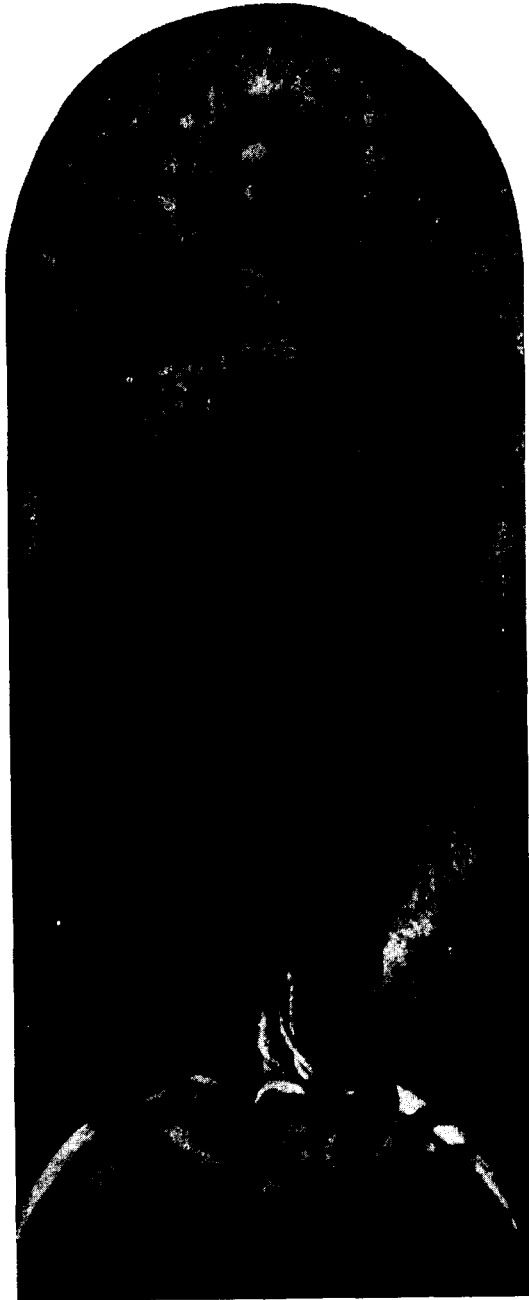
do estaba bajo el tornavoz de la iglesia de San Francisco, hemos notado que le ocurre a la mayoría de los que la ven, pues no llega a convencerles la realización que tiene esta obra. Hay cierto desorden que nos recuerda a don Juan Valdés Leal en varias de sus obras del Museo de Sevilla. Querer buscar originalidad le perjudicó.

Cuando no va tras este rebuscamiento técnico, es decir que no está el pintor Manuel de Castro preocupado de la originalidad, se nos presenta en estas obras de la parroquia del Puerto de Garachico con mayor sinceridad. Nos agrada su producción. Este es el caso de la tabla de San Pedro con las llaves de la Iglesia. La sinceridad quizás le distinga entre los artífices de segundo orden del grupo de Madrid. Si el artista y su arte concuerdan, debía ser un hombre llano el autor de los frescos de San Juan de Dios. Lo que sí está patente en estas tablas de los Sres. Ponte es que se valió del maniquí para el estudio de los ropajes, porque se observan algunos trozos que no dan sensación del natural. Pero esto no es un defecto, ya que se valieron del maniquí no sólo Manuel de Castro, sino en muchas ocasiones los grandes maestros; Francisco Zurbarán en su primera época y Domenico Theotokopuli el Greco, por no citar a otros, entre los de España. En los paños del citado San Pedro vemos esto que apuntamos. Ésta es una tabla clásica en su sentimiento y en su conjunto; la más italiana de las tres y la que posee un dibujo más correcto.

Más española es la tabla de San Cristóbal con el Niño Jesús, tercera y última de aquella serie. Aplaudida por el público que visita el puerto de Garachico y tiene ocasión de entrar en su parroquia de Santa Ana, principal curiosidad de la villa juntamente con el castillo de San Miguel y la llamada Casa de los Ponte; pues la mayoría de los conventos, con sus respectivas iglesias, no existen o están desmantelados (en la actualidad tratan de restaurar la iglesia de los Ángeles, que fue de la Orden Seráfica). El San Cristóbal está interpretado dentro de una paleta derivada de Rubens o de Van Dyck, con un realismo español que siguen hasta finales del XVII los pintores de la Villa y Corte para despeñarse en una fatal decadencia, que apunta en la Purísima señalada más arriba; contrasta con esta dulzura de ejecución de esta tercera tabla, com-



Triptico de Garachico de Manuel de Castro



La Purísima.--Detalle

parable con la producción de Murillo. Esto explica el éxito de público que obtiene San Cristóbal llevando al Niño Jesús, porque la multitud siempre se ha sentido inclinada a aplaudir la obra del gran pintor de Sevilla, que llega con facilidad a su alma. Mas la representación del gigante de Canaan se aproxima a la que le hubiera dado Mateo Cerezo, artífice destacado del grupo de Madrid. Es un pobre hombre, con las ropas bastante maltratadas; tal como los apóstoles del indicado Cerezo en la *Asunción* del Museo del Prado. Interpretación real del asunto.

Con lo dicho queda indicado lo más saliente de las pinturas del sagrario de la capilla de los Sres. Ponte. Cada cual que forme su juicio e interprete el valor de estas tablas según su sentir, que puede variar en mucho sobre mis juicios del pintor de Carlos II, Manuel de Castro, que se halla un tanto olvidado injustamente. Lo nombran don Antonio Ponz y con él Cea Bermúdez; pero haría falta airearlo un poco más y que diéramos a conocer nuestras tablas de Garachico, que contribuirían a su mejor apreciación. No se encuentra toda la pintura española en la Península, aunque si en su casi totalidad. Salían para Nueva España (México), Guatemala, Costa Firme, Perú, etc., y Canarias. No debemos olvidarnos, aunque seamos pequeñines. En esta misma parroquia de Santa Ana del Puerto de Garachico existen pinturas de la escuela de Sevilla de elevadísima categoría, quizás por encima de las mencionadas tablas. Están en la parte alta y remate del retablo correspondiente a la colateral de la epístola. Estas pinturas sí que asombraron a don Juan Contreras, marqués de Lozoya, que no tuvo ocasión de ver las tablas.